



El Casco Viejo de Bilbao ha sido una de las zonas que más ha sufrido las consecuencias de las inundaciones.



De estar sumido en la marea festiva, Bilbao se vio arrasado por una imprevista y devastadora riada.

Editorial de «Diario 16»

España a la hora

Reproducimos hoy en este periódico el editorial de «Diario 16», lleno de amor y entusiasmo. Cerramos el año con un homenaje a la memoria de los que nos han dejado.

Si la circunstancia no fuera demasiado trágica como para hacer metáforas parecería que la naturaleza ha encadenado toda su furia en el norte de España, y especialmente en el País Vasco, para obligarnos a hombres a reconsiderar nuestra ceguera, nuestra incapacidad de entender que un destino común nos une para lo mejor y para lo peor, y que lo necesario es ponernos en altura con esa capacidad de diálogo y entendimiento que la vida impone a quien quiere vivirla.

La tragedia que aflige hoy al País Vasco y Cantabria particularmente en tierras de Vizcaya, ha puesto de manifiesto cómo, pese a las continuas provocaciones de una minoría, entre cretina y criminal, la inmensa mayoría de los españoles, empezando por los vascos, sabe que a la hora de la verdad, a la hora de la necesidad al luchar, cuando no hay ni luz, ni agua, ni teléfono, cuando uno no puede valerse por sus propios medios, que al otro lado del monte arrasado, de la carretera cortada del hilo telefónico roto, muchos hombres, muchas mujeres trabajando día y noche para llegar hasta esos pueblos cercados y rescatados de entre las manos de la miseria, la enfermedad y la muerte.

Para eso existe un Estado, construido, con más o menos acierto, a lo largo de los siglos para poder ofrecer a cada ciudadano la ayuda que ya no puede procurarse por sí mismo. Para eso existe el Ejército, la Guardia Civil, la Policía, la Cruz Roja, los servicios de Protección Civil, que no ha habido, en esos servicios, ni un minuto de vacación, ni una reserva moral en ningún rincón de España para ponerse inmediatamente en marcha hacia el País Vasco por tierra y por mar, desde Zaragoza, desde Soria, desde Galicia, desde Barcelona, desde Madrid, el lejano y distraído Madrid que siempre, a la hora de la verdad, ha sabido hacerse digno de su condición de capital de España.

El Gobierno de la nación ha actuado, y es obligado reconocerlo y elogiarlo, con tanta eficacia como sentido político, al encargar al presidente del Gobierno va —un hombre eficaz y querido por su pueblo— la coordinación de toda la ayuda a los siniestrados. Porque él es el Estado español allí. ¿Y a quién ha tenido a su servicio, en el acto, el líder nacionalista? Al Ejército de tierra, a esa Guardia Civil que cada día entrega su sangre ante la incomprendión miserable de tantos potes de espíritu y que en la noche trágica del viernes murió bajo las aguas turbulentas al lado de sus conciudadanos. Como viene muriendo desde hace mucho tiempo, sus compatriotas, en tantas noches negras de polvorín y crimen.

Esas son las «fuerzas de ocupación» a las que la ira de energúmenos gritan: «Que se vayan!». Esos que llegan por mar a socorrer a Bilbao, esos que llegan por tierra a Madrid, sin pactos, ni acuerdos, ni negociaciones políticas, porque saben que su obligación es ayudar y precisamente ahora, las humillaciones que la



Costará mucho tiempo y esfuerzo normalizar la situación.